

«CUANDO EL DESTINO LLAMA A TU PUERTA,  
TARDE O TEMPRANO TIENES QUE ABRIRLE»



# Cianes

OS ARCANOS

LUCÍA ARCA SANCHO-ARROYO

# Créditos

EDICIONES KIWI, 2014

info@edicioneskiwi.com

www.edicioneskiwi.com

Editado por Ediciones Kiwi S.L.

© 2014 Lucía Arca Sancho-Arroyo

© Ediciones Kiwi S.L.

No se permite la reproducción total o parcial, así como la modificación de este libro por cualquier medio mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 270 y siguientes del Código Penal).

# Dedicatoria

Dedicado a todos los que, como yo, construyen con palabras peldaños para alcanzar sus sueños.

## PRIMER ACTO

En el pasado dijimos lo que queríamos para el futuro, olvidando por completo que en el presente debíamos forjarlo.

Porque nuestros sueños proyectan una meta, pero solo nuestras acciones pueden alcanzarla.



Diario de Lucy Campbell

# Capítulo 1

Un rayo de sol quebraba la almohada entre él y yo. Ambos estábamos separados tan solo por los pliegues del edredón color ocre de la gran cama con cabecero de forja.

Miré a mi alrededor, recorriendo cada detalle de los rodapiés de la pared, que era de madera de mitad para abajo y pintada en blanco hasta el techo. Podía pasarme horas enteras adivinando formas en las vetas del parquet del suelo y acariciando la suave alfombra de estilo persa en colores verdes, rojos y azules.

Se habían cumplido ocho meses desde la muerte de Donovan y Aedan Tavish juraba el cargo oficialmente esa misma tarde como nuevo líder Arcano, a la vez que Murray, el hermano de Don, subía al trono.

Mis habilidades habían mejorado notablemente, aunque debía controlar mi humor, pues solía ir ligado a exhibiciones de estas y eso era un inconveniente a la hora de esconder mi identidad vampírica al resto de las personas (fuesen cuantas fuesen) del instituto.

Todavía no me había planteado lo que iba a hacer con mis amigos humanos una vez que mi juventud fuese algo sospechoso, al pasar el tiempo y mantener, no solo mi piel tersa, sino la misma talla de sujetador, ¡maldita sea!

Llevaba un rato despierta, vagando de un lado a otro, presa de una acuciante sed que intenté calmar primero con varias dosis de inhaladores y después con refrigerios humanos, hasta hacer que desapareciera esa sensación de sequedad en la boca.

Bastian abrió los párpados, estirando los brazos y tensando a su vez los músculos de estos, visibles bajo la blanca camiseta básica que se ajustaba a su bien definido torso.

Me mordí el labio, aún entonces mi corazón latía apresurado al tenerlo tan cerca y parecía pararse cuando mis ojos se posaban en sus iris del color de la miel.

Se apoyó sobre la colcha y me besó con suavidad. No pude evitar enredar mis dedos en su cabello con destellos rojizos y de tacto sedoso, atrayéndolo hacia mí y enroscando mis piernas como eslabones alrededor de su cintura. Mis manos vagaban por su anatomía, perfilando su rostro, rodeando su mentón, bajando por su pecho y acariciando este por debajo de la fina tela. Se contrajo al sentir mis manos heladas, a causa del fresco que acababa de dejar casi intacto en la mesilla. Su respuesta no se hizo esperar. Con destreza me colocó sobre él, subiendo con picardía el dobladillo de mi camiseta, dejando mi ombligo al descubierto. Su dedo pulgar recorría el contorno de este con premeditada lentitud. De un solo movimiento cambió las tornas. Estaba con la espalda contra el colchón. Volvió la cabeza hacia la mesilla de noche y me miró arqueando la ceja sensualmente. Con uno de los hielos comenzó a recorrer mi vientre, recogiendo cada gotita con sus carnosos labios. Cuando este se derritió entre sus dedos, subió hasta que nuestros rostros se encontraron de nuevo, besándome con inusitada fiereza. Su abrazo se hizo más intenso y nuestras respiraciones se sincronizaron en un jadeo *in crescendo* que acabó cuando unos nudillos golpearon la puerta, la cual se abrió sin esperar respuesta.

—¡Ooops!, siento interrumpir, tortolitos, pero llegaremos tarde a la coronación de Murray y la jura del cargo de

Aedan. ¡Es un gran día para los vampiros! Además, los Arcanos son famosos por su buen gusto a la hora de elegir aperitivos —dijo Blair, mientras nos guiñaba un ojo y salía de la habitación tan rápido como había entrado.

—Creo que ya tengo el regalo perfecto para las próximas navidades, ¡un cerrojo! —grité, poniendo énfasis en la última palabra y levantándome *ipso facto*.

—Pues yo tengo un regalo mejor. —Me cogió de la cintura acercándose hacia él, que se encontraba sentado en el borde de la cama, con las piernas ligeramente abiertas.

—Ah, ¿sí? —pregunté volviendo a entrelazar mis manos en su cabello.

—Un viaje para dos personas, a España, ¡sorpresa! —reveló, sacando del cajón un sobre con dos billetes de avión—. Todavía no está cerrada la fecha, así que podemos ponernos de acuerdo e ir a visitar a tus amigas, ¿qué te parece? —inquirió efusivamente, escrutando mi reacción.

—¡Vaya!, genial. —Es lo único que se me ocurrió decir. No es que la idea no se me antojase atractiva, pero la verdad es que pensé en algo más romántico, una escapada a algún lugar idílico los dos solos, sin amigos, humanos ni vampiros. Eso por el momento quedaba lejos. Por lo visto, todavía tenía que completar la transformación para que él se sintiese seguro a la hora de llevar nuestra relación un paso más allá.

Los vampiros no cambian de un día para otro, como nos han hecho creer en las películas. El proceso lleva un tiempo, mayor o menor dependiendo del sujeto. Todavía podía ser considerada en parte humana, pero tenía un pie en el mundo de los vampiros. En realidad era una sin hogar,

en el sentido más metafórico de la palabra; no pertenecía completamente a ninguno de los dos.

Me levanté y abrí la bolsa de lona verde, que en esta ocasión me había hecho las veces de maleta. En ella había un vestido de cóctel azul, un fular y calzado.

Mi madre me había prestado un collar y unos pendientes de turquesas, los cuales me hacían parecer más distinguida y, honestamente, me quedaban estupendamente

Bas solo tenía que ponerse cualquier trapo para estar sexy, él era la percha deseada de cualquier prenda, que en su cuerpo adquiría automáticamente *glamour* y estilo.

Blair y Chloe decidieron ir en tonos rosas y fucsias a juego, con dos vestidos, altos zapatos de tacón de aguja y elaborados recogidos de peluquería. Y Brannagh, fiel a su personalidad, se había soltado su largo cabello dorado y se había puesto un sencillo vestido de lino en color blanco y calzado veraniego.

A Marcie no la veíamos desde lo ocurrido. Sabíamos, por fuentes fiables, que se encontraba en Francia intentando conocer su pasado. Ninguno la odiaba por su traición, solo sentíamos una profunda lástima por ella. Blair y Chloe procuraban no hablar del tema, porque en el fondo la echaban de menos. Una amistad con semejante bagaje emocional, que había perdurado durante los últimos siglos, necesita algo más que un bache para ser borrada.

En aquel tiempo, había descubierto la perfectamente organizada infraestructura vampírica, compuesta por infinidad de individuos, los cuales estaban muy bien comunicados entre sí. Podíamos saber lo que sucedía en nuestra comunidad más allá de las fronteras de Escocia en cuestión de segundos. Con internet y las revistas del corazón en el

mundo, tampoco es que fuese nada fuera de lo normal. Debíamos tener en cuenta que lo primero era salvaguardar el secreto a los ojos de los humanos. Por suerte, contábamos con aliados en su raza, guardianes de nuestro secreto y colaboradores que nos proveían de plasma, entre otros productos de primera necesidad.

El sabor férreo de la sangre había pasado de antojárseme algo extraño y casi repulsivo a un manjar similar a lo que un día fuese el chocolate para mí, pero todavía entonces me resultaba complicado el usar mis dosis de plasma embotellada o los cómodos inhaladores.

Isabella, Doménico y Carlo se afincaron en la antigua vivienda de la Señora Di Angelo, justo debajo de nuestro dúplex en Victoria Street, y Hide no dudó en unirse a ellos en el que había sido su hogar. Les ayudamos con la mudanza y al traspasar la puerta del primer piso, que desde la muerte de la anciana vecina seguía cerrada, el polvo acumulado nos inundó los pulmones.

Abrimos las ventanas de par en par, mientras Hide correteaba por el gastado suelo de parquet, contenta de estar en casa. No solía adoptar su forma humana, pues estaba más cómoda con su lado felino; debe de ser todo mucho más sencillo cuando no tienes que preocuparte por ir a la moda ni del qué dirán.

Nos reunimos todos en el salón de la mansión Burnett-MacAllister, incluidos mis padres, los Señores Burnett, Orphidia y Ty, los dos metamorfos que conocimos en el bar la noche anterior a la gran batalla con los Hijos de Abel, (donde su líder, el hombre oso, de nombre Bearny, dio la vida por nosotros). Ambos habían decidido quedarse a conocer mejor Edimburgo y se sentían todavía sin fuerzas para re-

gresar a EE.UU., su país de origen. Orphidia, la mujer-serpiente de esbelta figura, lucía un elegante vestido en satén verde, salpicado de lentejuelas. Ty, el hombre-tigre que destacaba por su casi metro noventa de estatura, recogió su melena a franjas naranjas y negras en una coleta, observando al resto con sus ojos ambarinos, enfundado en un ajustado esmoquin de tela brillante; su atuendo era más propio del presentador de un *show* televisivo que del invitado a una ceremonia de etiqueta.

—¡Espero que alguno haya traído vehículo! —comentó William sonriente, mientras se colocaba unos elegantísimos gemelos de oro y circonita (el diamante era un elemento prohibido y letal, visto lo visto).

—Nosotros trajimos la furgoneta, tranqui, Mister —contestó Ty, alzando las llaves de la vieja camioneta azul que se quedaron tras la muerte de Donovan.

—Pues yo me pido el Aston Martin. —Blair, con cara de asco poco disimulada, cogió a Chloe del brazo colocándose al lado de su padre en la salida—. De acuerdo, la limusina me vale.

Ty se situó frente al volante del viejo vehículo de cristales tintados, cuyo interior desprendía un olor a tierra y óxido que no parecía demasiado salubre.

Bas, mi padre, Doménico, Carlo, Isabella, y yo subimos con ellos. Nosotras compartimos el asiento de copiloto que, dentro de lo malo, tenía la ventana cerca para airearnos.

Carlo y Doménico fueron informales: el primero llevaba pantalones de tela dos tonos más oscuros que su polo a franjas grises y el segundo marcaba la diferencia con vaqueros lavados, camiseta y chaqueta de cuero *vintage*.

Isabella fue el último «conejillo de indias» de Blair y Brannagh, las cuales hicieron un gran trabajo. Blair le prestó uno de sus nada discretos modelitos de *Lady Vamp* en color rojo sangre de corte asimétrico, extrañamente elegante.

No tardamos más de un cuarto de hora en llegar a nuestro destino: el almacén- escondrijo de los Arcanos, en el que hacía más de medio año había encontrado a Marcie al borde de la muerte.

Entramos por el «ya no tan secreto» acceso tras la librería, bajando las escaleras de piedra con cuidado de no caernos, pues cada vez estaba más desgastada debido al paso del tiempo.

Abajo bullía la actividad, el calor de los cuerpos se concentraba, pudiendo aspirar mil notas distintas de olores diferentes, cada uno como un ingrediente único y aromático de una delicada esencia: la vida, que fluía bajo su piel. El vampiro que despertaba en mí, cada vez era más fuerte y se apoderaba de mis sentidos, esclavizándome a ellos a la par que, contradictoriamente, me liberaba.

Aedan se encontraba en el centro de la estancia, frente a la imponente mesa de piedra sobre la que estaba grabado el escudo de la congregación.

Su porte era regio, casi parecía que fuese a ser coronado en lugar de Murray, que languidecía cabizbajo bajo su presencia, eclipsado. El hermano de Donovan aparentaría poco más de diez años por toda la eternidad. Sus ojos transmitían siglos de aprendizaje y sabiduría y sus palabras eran filosofía en movimiento, pero entonces y siempre, la gente vería un pequeño de cabello oscuro y mirada audaz; un niño.

Ambos vestían sus mejores galas, con trajes oscuros y

corbatas rojas. Aedan sería vestido con la entrega de un báculo, creado por los primeros arcanos y Murray coronado con la que fuese el símbolo generación tras generación en la realeza de las *Lowlands*, una labrada corona de oro con rubíes, granates y ámbar engarzados en la misma, y en cuyo centro se hallaba una piedra esférica que contenía, supuestamente, la sangre del primer vampiro, Caín según contaban las leyendas.

—Bienvenidos viejos y nuevos amigos —comenzó a decir Aedan, con las manos abiertas hacia nosotros en gesto de saludo—, me congratula vuestra presencia en este día especial en el que un nuevo rey será proclamado y un servidor cogerá el relevo de nuestro querido Donovan, al que queremos dedicar unos minutos de duelo.

Todos bajamos las cabezas y nos mantuvimos en absoluto silencio. Su rostro de facciones duras y sonrisa pícara vino a mí como una exhalación. Casi podía evocar su aroma ligeramente almizclado y escuchar esa voz grave y profunda. El efecto se desvaneció con la misma velocidad.

—Dicho esto, pasemos a la jura del cargo.

Recitó el juramento con la mano sobre el báculo, a la par que Murray lo sujetaba. Tras aquellas palabras formales le hizo entrega del mismo y los asistentes nos unimos en un caluroso aplauso al nuevo líder Arcano, el cual había hecho grandes reformas en su comunidad, abriéndose al diálogo y suavizando sus doctrinas.

Mi padre, en calidad de soberano de las *Highlands*, hizo entrega de la corona a Murray, ya que sus progenitores hacía siglos que habían abandonado el mundo de los vivos (y los vampiros) en el mítico Gran Viaje que muchos (entre ellos mi abuelo Jeremiah) realizaron cansados de la eterni-

dad.

Murray fue envuelto por una regia capa de terciopelo, que a diferencia de aquellas mostradas en las películas de fantasía medieval, estaba desgastada por los años, conservando en buena medida una antaño perfecta costura de hilo dorado, que con el paso de los siglos podía apreciarse únicamente en algunos bordes de la misma.

Con el báculo y la corona otorgados comenzó la fiesta y la distensión. Arcanos e Iniciados; renacidos, puros y metamorfos, todos brindamos con copas repletas de plasma de gran calidad y comimos unos deliciosos manjares humanos: montaditos de salmón noruego, haggis escoceses, caviar y ostras.

Kassidy tenía la apariencia de una muñeca de porcelana, con su diminuto cuerpecito ataviado con un hermoso vestido de seda azul oscuro, repleto de puntillas y lazadas. Su pelo rubio le caía en una cascada de tirabuzones, y sostenía, sin pudor alguno, una copa de champán con su manita, algo que para quien no estuviese al tanto, resultaría aberrante.

—Me alegro de verte, princesa —saludó haciendo una reverencia acompañada de una risita.

—Hola Kassidy, estás muy guapa con ese vestido —intenté agradarle, pues sabía cómo se las gastaba.

—No soy una niña, Campbell. Quizá mi físico sea infantil, pero no soy fácil de contentar, hace falta más que un cumplido carente de originalidad. De todas maneras, gracias. —Cambió su penetrante mirada de ojos fríos como puñales por otra más dulce; sabía usar sus cartas—. Espero que algún día volvamos a jugar juntas, todavía recuerdo la última vez —rememoró mientras daba un sorbito a su bebi-

da—. Ojalá hubieses podido ver tu expresión cuando creíste que Brannagh...ya sabes —susurró.

—Kassidy, como he dicho, me alegra verte. Hasta luego. —Me giré, dando por terminada la conversación.

Pululé por la sala durante un rato viendo a la gente reír, disfrutar y hablar de tiempos que ni siquiera había estudiado en historia.

—Espero no interrumpirte —Murray me devolvió a la realidad—. Mi hermano querría que lo hubieses tenido tú —confesó, entregándome una pequeña bolsa de cuero que vacié en la palma de mi mano. Al mirar el objeto supe que sostenía la piedra que, según la mitología, contenía la sangre del primer vampiro: Caín. Y, ¿cuántas veces la mitología había demostrado ser más que un cuento de viejas y libros griegos?

—Gracias, supongo. No te ofendas, pero, ¿qué se supone que tengo que hacer con esto? —pregunté, observando el perfecto orbe de color rojo.

—Cúidalo, protégelo, es un bien muy valioso, más de lo que la gente cree. —Me miró, de tal modo que parecía querer decirme más cosas de las que sus labios pronunciaban.

Guardé el obsequio en mi pequeño bolso e hice una reverencia al nuevo rey vampiro de las *Lowlands*.

—Las princesas no deben rendir pleitesía —indicó dedicándome una sonrisa.

—Yo no soy una princesa, solo una chica con un pasado algo peculiar, eso es todo —quise restarle importancia con un gesto de la mano y un encogimiento de hombros. Murray estalló en carcajadas.

—¡Qué humana eres!, eso es algo delicioso y refres-

cante, Campbell. —Apoyó su pequeña mano sobre la mía con delicadeza.

Sentí los brazos de Bas alrededor de mi cintura, tras de mí. De pronto tuve una especie de *shock* y escuché claramente la voz de Donovan susurrándome al oído. Fui incapaz de descifrar lo que decía, pero, ¿cómo comprender unas palabras que ni siquiera puedes estar escuchando?

—¿Estás bien, Lucía? —preguntó Bas girándome hacia él y mirándome con gesto preocupado, mientras me retiraba el pelo de la cara.

—Sí, supongo que la transformación es más acuciante en esta etapa o quizás esté algo emocionada con todos estos cambios, eso es todo —contesté, forzando una sonrisa para que dejase de fruncir el ceño, preocupado por mí, en su tónica habitual.

Me instó a abandonar la celebración, a lo que me negué ensanchando mi sonrisa y pegando un sorbo al fluido carmesí de la labrada copa de cristal. No quería aguarle la fiesta.

—¡Vamos a bailar! —exclamó Brannagh, tirando de mí hacia un habitáculo colindante en el que la música comenzaba a sonar.

Era una habitación de piedra y paredes irregulares, una antigua mazmorra rehabilitada. Todavía podían verse unos cuantos grilletes en la pared, los cuales habían intentado disimular, introduciendo pequeños maceteros en ellos y recorriendo las cadenas con cinta de seda roja. En uno de los extremos, una orquesta de violines, flautas traveseras y demás instrumentos clásicos, entonaban hermosas canciones, que para mí resultaban desconocidas, pero que extrañamente comenzaba a tararear a medida que se sucedían.

El pasado todavía seguía volviendo a mí por «volúmenes». Un sonido, un olor, un objeto, desencadenaba una tanda de recuerdos que venían en tropel, al igual que la noche de la batalla, cuando bebí de Brannagh, en la que miles de remembranzas de una vida anterior inundaron y colapsaron mis sentidos.

Me dejé llevar por la música y los recuerdos olvidados que evocaba. Podía ver grandes salones, mármol y vestidos de seda; parejas girando alrededor de una orquesta, un joven, un beso—: *Tha gaol agam ort*. —¡Donovan!, mi pasado romántico con Lombard volvía a mí para confundirme. De repente, creí escuchar nuevamente su voz susurrante en mis oídos, e incluso me atrevería a decir que noté el tacto de su piel en mi rostro, pero eso no era posible, ¿o sí?

—¿Es un buen momento? —preguntó Aedan con gesto preocupado, pues mi rostro debía de palidecer por momentos—, quería presentarte a mi segundo al mando, su nombre es Alexander Field, recién llegado de *la France* —apostilló con una perfecta pronunciación. El joven situado a su lado me hizo una reverencia. No aparentaba más de dieciocho años, tenía unos preciosos ojos color avellana y un rostro amable.

—Es un honor, Evelyn. —Besó mi mano, haciéndome notar al instante que sí era de confianza. No podría decir por qué lo sabía, pero tuve la certeza.

—Por favor, llámame Lucía. Evelyn es parte de un pasado, que por cierto no he logrado vislumbrar del todo. — Me quedé absorta en mis pensamientos.

Decidí disculparme y aceptar el ofrecimiento de Bas, que, junto mi madre, me acompañó a casa en la limu. Ambos me contaron que Alexander Field era un vampiro puro